PEDRO LAÍN ENTRALGO

La ventana al infinito

Volvamos al comienzo; no para rehacer nuestro camino, sino para ver más claro el sentido de nuestro empeño. El término «aventura» —se decía en las primeras páginas del libro— hace referencia al futuro. *Ad ventura,* a lo que ha de venir. La aventura del hombre consiste, por lo pronto, en proyectar el futuro recordando aquella parte del pasado que la ejecución de cada proyecto parece exigir. Dime lo que esperas, y te diré lo que recuerdas; dime lo que recuerdas, y te diré lo que esperas. Es verdad que los hombres esperan siempre mucho más de lo que proyectan; es verdad, asimismo, que nuestra memoria contiene bastante más de lo que necesitamos recordar. Existir en el tiempo es trazar caminos reales y caminos posibles dentro del ámbito infinito que deparan o imponen, juntándose, la esperanza y la nostalgia, el arrepentimiento y el temor. Pero sólo haciéndose aventura, proyecto arriesgado e incitante, llega a cobrar cuerpo tangible el éter estelar de la esperanza humana.

Los volúmenes precedentes nos han mostrado lo que el hombre actual recuerda y piensa de sí mismo. Este va a decirnos lo que él —entre el temor y la esperanza— espera y proyecta ser. Lo cual equivale a decir que, bien miradas, estas páginas son la clave secreta de todas las anteriores. Lo que el hombre piensa y sabe acerca de sí mismo, de su realidad presente, ¿qué es, sino una reflexiva preparación —o una preparación febril, como se quiera— de lo que se dispone a ser? Pre-paración, y por lo tanto pre-ocupación. Estar preocupado es estar ocupado con lo que acaso sea mañana, con lo que mañana será. Como diría Zubiri, es disponerse a ser preguntándose al mismo tiempo: ¿qué va a ser de mí? A la luz de las páginas que subsiguen, veamos sinópticamente la estructura y el contenido de la preocupación del hombre actual acerca de su futuro.

Seis temas principales parecen integrar nuestra más inmediata preocupación respecto del mañana: sustento, formación, trabajo, ocio, saber y poder. El año dos mil, cuando sobre la superficie del planeta vivan seis mil millones de seres humanos —en términos más acuciantes: cuando sean adultos los que ahora son niños—, ¿cómo ese denso hormiguero podrá alimentarse? ¿Cómo habrá de formarse, qué habrá de aprender cada uno de sus miembros para estar a la altura de lo que su vida va a exigirle? ¿Cuál será su trabajo? ¿Cómo llenará el ocio que sus propias invenciones técnicas comienzan a depararle? ¿Qué va a saber la humanidad acerca de los temas que hoy nos inquietan? ¿Qué podrá el hombre frente a sí mismo y frente al mundo? La esperanza nos dice: el hombre del año dos mil se alimentará, aprenderá lo que su vida le exija, trabajará más racional y productivamente que hoy, empleará perfectamente su ocio, sabrá cosas que hoy apenas sospechamos, y frente a sí mismo y frente al mundo será capaz de hazañas maravillosas. Pero en el seno mismo de esa esperanza, el sutil aguijón del temor nos pregunta: puesto que el hombre es capaz de locura, ¿quién puede descartar de su horizonte la posibilidad de una catástrofe termonuclear?; puesto que el hombre es capaz de estupidez, ¿quién podrá ahorrarle el riesgo de convertirse en hormiga?

Piense cada cual lo que quiera. De mí sé decir que, a este respecto, en mi alma domina la esperanza. Nada más lejos de mí que el rosado optimismo de mi colega el Dr. Pangloss. Por desdicha, no es sólo rosa el color de la vida. A la vida pertenecerán siempre el egoísmo, el dolor, la necedad y la injusticia. Es verdad: pero nunca hasta el extremo de dominar sobre lo que en la vida no es injusticia, dolor, egoísmo y necedad. La Tierra no será el año dos mil un edén; nada más cierto; mas tampoco será un erial sobre el que ronden, aterrados, unos millares de hombres supervivientes. No, no puedo creer que sean un evento fugaz e inane dos de las más centrales conquistas del siglo XX: el carácter creador de la técnica y la conciencia de la ilimitación del poder del hombre frente a la naturaleza.

Recta ratio factibilium, «recta razón de las cosas que pueden hacerse», dice del arte —de la técnica— la conocida definición escolástica. Los antiguos griegos pensaron y creyeron que en la naturaleza hay «forzosidades» —*anánkai*— que el hombre es absolutamente incapaz de rebasar. Que todos los seres vivientes sean mortales, que las piedras caigan y que el Sol salga cotidianamente por oriente y se ponga por occidente; he aquí tres de esas inexorables forzosidades naturales. Pretender luchar contra ellas sería, por una parte, pura necedad; por otra, flagrante pecado de *hybris*, desmesura culposa. Cristianamente entendido, constituye uno de los nervios de la definición medieval del arte.

Pues bien: en virtud del giro que en la concepción cristiana del hombre empieza a producirse a fines del siglo XIII —véase lo que acerca de él indico en el volumen «La organización del planeta»—, las mentes de Occidente vendrán a pensar que para el espíritu humano no hay en la naturaleza necesidades absolutas. Al menos, en principio. Las limitaciones del hombre frente a la naturaleza son limitaciones de hecho, no de derecho; lo que no le es posible hoy, le será posible mañana, si a ello aplica tenazmente su inteligencia y su esfuerzo. Bajo forma de utopía, tal es el sentir que late —primer balbuceo de lo que más tarde llamarán «espíritu fáustico»— en la *respublica fidelium* de Roger Bacon. Tres siglos y medio más tarde, ya en plena aurora del mundo moderno, Descartes propondrá a los hombres las espléndidas metas de su aventura terrenal: «Conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros y de todos los demás cuerpos que nos rodean —dice en el libro VI del *Discurso del método*—, ...podríamos hacernos como dueños y poseedores de la Naturaleza.» El goce expedito de todos los frutos de la tierra, la conservación de la salud, la certidumbre de una vejez exenta de achaques y flaquezas, todo esto y mucho más podrá obtenerse si la lección del *Discurso* es recta y colectivamente aprovechada por la posteridad. Gracias al buen método y a la ciencia, escribirá poco después el cartesiano Fontenelle, el ingenio de los hombres ha realizado ya hazañas memorables; y con desenvuelto ademán profético añade: *et il est évident que tout cela n'a point de fin.* La idea de un progreso «indefinido» en el saber y en el poder del hombre frente a la naturaleza se ha abierto progresivamente paso en las mentes europeas. Pero será preciso llegar hasta Condorcet, para que la expresión del nuevo espíritu alcance todo su rigor.

«La Naturaleza —escribe Condorcet— no ha puesto término alguno a nuestras esperanzas.» La libertad y el orden racional en la convivencia política, el nivel de la economía, la riqueza y la calidad de la técnica, la perfección del lenguaje, el saber científico, la belleza de las creaciones del arte, la moralidad, todo irá progresando necesaria e indefinidamente de generación en generación. Hasta la pervivencia física del individuo humano crecerá de modo indefinido. «Sin duda que el hombre no se hará inmortal; pero la distancia entre el momento en que comienza a vivir y la época en que naturalmente, sin enfermedad, sin accidente, experimente la dificultad de ser, ¿no puede ir creciendo sin cesar?» En dos sentidos podría ser *indefinido* ese crecimiento de la duración media de la vida: o la existencia viviente del hombre transcurrirá «según una ley tal, que esa duración se aproxime continuamente a una extensión límite, sin poder alcanzarla jamás; o bien según una ley tal, que esa misma duración pueda adquirir, en la inmensidad de los siglos, una extensión mayor que una cantidad determinada cualquiera que le hubiese sido asignada como límite». En la situación actual —agrega Condorcet, entre cauto y osado— ignoramos todavía cuál de esos dos sentidos del término «indefinido» debe ser aplicado más propiamente a la prolongación de la vida.

Dejemos aquí el examen de lo que la idea del progreso ha seguido siendo en el mundo moderno, y pondremos una vez más la candorosa fe de los ilustrados del siglo XVIII en el ulterior progreso moral, político y artístico de la humanidad. ¿Qué podemos pensar de esa fe los coetáneos de los campos de concentración y de las dos guerras más devastadoras y sangrientas de la historia? Pero en lo tocante a la relación entre el hombre y la naturaleza, ¿cómo no ver en esos hombres los adelantados o los soñadores de la época que ahora comienza?

Hasta nuestro siglo, hasta hoy mismo, la ilimitación de las posibilidades de la técnica no pasaba de ser, en el mejor de los casos, la ilusión de unos cuantos doctrinarios. Hoy, cuando se empieza a gobernar la conversión de la materia en energía, se está a punto de pisar el suelo de los astros, se trasplantan corazones y se contempla como hazaña abordable la producción artificial de la vida, la conciencia de esa ilimitación es ya una vivencia universal. Para el hombre actual, la ciencia-ficción es a la vez pasatiempo y profecía. Examinemos, si no, la actitud de nuestra mente ante las tres forzosidades naturales que como ejemplo fueron más arriba mencionadas.

El Sol sale por oriente y se pone por occidente. ¿No parece necedad insigne o insigne demencia pensar que este hecho no será siempre para el hombre una forzosidad inexorable e invencible? Es verdad. Con toda probabilidad, los hombres, hasta la extinción de la especie humana, seguirán viendo por oriente la salida del sol y por occidente su ocaso. Pero esto, ¿es por ventura una necesidad física de carácter absoluto? ¿No es imaginable un cambio en la dinámica del sistema solar que altere lo que hasta hoy ha parecido eternamente inmutable? Y la intervención técnica del hombre en la desintegración de la materia y en la realidad del sistema solar, ¿no hace física y humanamente posible la modificación de esa dinámica? No, no parece un imposible absoluto que los hombres, dentro de un centenar de siglos, puedan llegar técnicamente a alterar el lugar de salida del Sol.

Las piedras caen; el caer —el ocupar el «abajo»— pertenece a la naturaleza de la piedra, decían los antiguos. ¿Es así? Por lo pronto, el hombre es ya capaz de llevar las piedras a una región del cosmos en la cual vuelen y no cai-

gan. Y, por otra parte, ¿no es acaso imaginable un sistema físico en el cual la gravitación hasta ahora llamada universal sea un fenómeno *toto caelo* distinto de lo que es en la tierra?

La mortalidad de los seres vivientes. La forzosidad es ahora más imperiosa. Las palabras de Condorcet antes transcritas —«sin duda que el hombre no se hará inmortal»— deben ser repetidas hoy. La inmortalidad que desde el fondo mismo de su ser ansía el hombre no puede ser sino la tocante a la segunda y la tercera vida de que nos hablan las *Coplas* de Jorge Manrique: la precaria inmortalidad que la fama da a los famosos y la misteriosa existencia del alma más allá de la muerte del cuerpo. Los hombres mueren y seguirán muriendo. Pero si la ciencia y la técnica del hombre no son capaces de vencer su propia mortalidad, ¿no es cierto que ya han comenzado a gobernar el momento y la oportunidad de la muerte? Todavía son puro balbuceo la hibernación, la desecación y el trasplante de órganos, y ya han cobrado eficacia de mito social en el alma de las gentes. Después de tantos siglos de cultivo intensivo del arte de matar, los hombres han empezado a ejercitarse con ahínco en el arte novísimo e interesante de no morir. En el saber y en el poder del hombre va habiendo algo frente a lo cual es posible decir, siquiera sea tímidamente, lo que frente al poder de Dios dice el más imponente de los versos del *Dies irae: Mors stupebit et natura,* «muerte y naturaleza quedarán pasmadas».

¿Qué será, cómo será el mañana inmediato de la humanidad? A través de las convulsiones y los tártagos de nuestros días, ¿se hallarán los hombres algo más cerca de ese ideal de justicia y libertad generales que tan ilusionadamente predijeron los pensadores y los soñadores de los siglos XVIII y XIX? Tal vez. Es seguro, en todo caso, que el dolor se mezclará con la felicidad y el placer en la existencia individual y en la existencia colectiva de los hijos de Adán. Recordemos una vez más el hermoso párrafo de Azorín acerca del «dolorido sentir» de Garcilaso: «¡Eternidad, insondable eternidad del dolor! Progresará maravillosamente la especie humana; se realizarán las más profundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinada sobre la mano. No le podrán quitar su dolorido sentir.» Sí, esto es seguro, porque la libertad pertenece por modo constitutivo a la condición humana, y porque la inquietud pertenece por modo inexorable al ejercicio de la libertad. Entre tantas otras cosas, ser hombre es poder fracasar, vivir montado a caballo entre la promesa de la creación y la amenaza de la ruina, ser a la vez —esto es precisamente lo inquietante: a la vez— *homo creans* y *homo labens.*

Ahora bien, ese texto de Azorín puede ser presentado bajo dos formas distintas. Cabe decir, en efecto: «Progresará maravillosamente la especie humana, se realizarán las más profundas transformaciones; pero al hombre no le podrán quitar su dolorido sentir». Nada menos dudoso, nada más cierto. Mas también cabe decir: «Al hombre nunca podrán quitarle su dolorido sentir; pero la especie humana se transformará del modo más profundo y progresará maravillosamente.» La perspectiva social del hambre, la guerra y la injusticia abona el empleo de la primera versión: la confianza en el desarrollo de la ciencia y la técnica da validez a la segunda. Tal vez no sea ilícito dividir la humanidad actual en dos fracciones, correspondientes a esos dos modos radicales de entender la relación entre el progreso y el dolor. Y después de bien leídas las páginas de este libro, para nadie será un secreto que todo él es una documentada profesión de fe en el segundo.

Hace poco más de cien años, el poeta Baudelaire se asomó a las distintas ventanas de su ser, y nos confió el resultado de su experiencia en un espléndido verso: *Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres.* ¿Qué es lo que contemplaba Baudelaire, para que esa estremecedora palabra —«infinito»— fuese la clave última de su visión? Para mí, la cosa es clara: contemplaba el mundo moderno y, dentro de él, a su protagonista y artífice, el hombre moderno; un hombre que en su realidad y en su vida ha hecho la experiencia de la ilimitación, y ya no puede renunciar a ella. Nada más revelador, a este respecto, que las palabras de Heidegger, el pontífice máximo de la finitud de la existencia, al término de su libro sobre Kant: «¿Tiene sentido concebir al hombre, sobre el fundamento de su más íntima finitud..., como *creador,* y por tanto como *infinito*? ¿Hay algún derecho a ello? La finitud de la existencia, incluso como problema, ¿puede acaso ser desarrollada sin una *presupuesta* infinitud?» Como Baudelaire, aunque más renuente y caviloso que él, Heidegger se ha asomado a la ventana de su realidad, a su «existencia», y ha descubierto en ésta el infinito.

Dejamos ahora intacto el grave problema metafísico que plantean a la mente el verso de Baudelaire y las interrogaciones de Heidegger. Atengámonos tan sólo a lo que en la existencia humana es vida histórica, aventura. Para el hombre actual, ¿cuál es el nervio más íntimo de esa aventura suya? Me viene a las mientes el recuerdo de una fotografía del *Empire State Building,* con esta leyenda al pie: «América, el país de las posibilidades ilimitadas.» Extendida a toda la anchura del globo terrestre, ese podría ser hoy el lema que adoptase la humanidad contemporánea: «La Tierra, el país de las posibilidades ilimitadas.» Progreso «indefinido», posibilidades «ilimitadas». ¿Tendrían algún sentido estas expresiones, si en ellas no latiesen la sed y la conciencia de la infinitud?

No, no trato de afirmar que el poder del hombre sobre la naturaleza carece de límites. ¿Cómo no va a tenerlos en sí mismo un ente obligado a existir en el espacio y en el tiempo? Alguna razón asistía a los antiguos griegos cuando enseñaron que la naturaleza —la creación, diría un cristiano— impone al hombre *anánkai,* forzosidades inexorables. Pero el hombre moderno ha descubierto que estas forzosidades son radicales y no poseen figura empírica. Dicho de otro modo: que la inventiva humana irá reduciendo cada vez más, e ilimitadamente, el ámbito de lo que en la natu-

raleza parecía forzoso e invencible. Hasta ayer mismo, ver lo que hay en la otra cara de la Luna parecía una imposibilidad física de carácter absoluto; hoy es una hazaña lograda. Para los cirujanos de hace medio siglo, el trasplante de un corazón humano no pasaba de ser el sueño de un visionario; ayer mismo ha sido la proeza de un cirujano. Por una y otra vía, la exploración del cosmos y el gobierno de la vida, ¿dónde estará para el hombre lo último y definitivamente imposible? Ya que no lo infinito, lo ilimitado sí está al otro lado de nuestras ventanas, cuando a través de ellas miramos el porvenir.

Acabo de citar a Baudelaire. Puesto que el vate es el hombre que vaticina, acaso no sea inoportuno cerrar estos comentarios a la aventura humana dando giro universal a una estrofa originalmente doméstica, sólo española, de otro poeta, nuestro Antonio Machado:

¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
al mañana, mañana al infinito.
Hombres del mundo, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana — ni el ayer — escrito.

No está escrito el ayer, porque cada época entiende y escribe a su modo el pasado común. Para nosotros, Grecia es a la vez «la Grecia de todos», desde Cicerón hasta Burckhardt, y «nuestra Grecia». No está escrito el mañana, somos nosotros los que día a día vamos escribiendo. Algo, sin embargo, sabemos de él: que, con sus dolores y sus glorias tendrá como horizonte el infinito.